

# Oscura yace la isla

Kevin Barry

Traducción de Dídac Gurguí



**Rayo verde**  
editorial

**Oscura yace la isla**  
**Colección Rayos globulares**  
**(31)**

# Oscura yace la isla

Kevin Barry

Traducción de Dídac Gurguí

**Rayo verde**  
*editorial*

Primera edición: octubre 2018

Del título original *Dark Lies the Island*:

«Across the Rooftops», «Wifey Redux», «Fjord of Killary», «A Cruelty», «Beer Trip to Llandudno», «Ernestine & Kit», «Doctor Sot», «The Girls and the Dogs», «Dark Lies the Island», «Berlin Arkonaplatz»

© Kevin Barry, 2012

Del título original *There are Little Kingdoms*:

«Atlantic City», «See the Tree», «How Big it's Grown», «Breakfast Wine», «There are Little Kingdoms»

© Kevin Barry, 2007

Del título original *New Yorker*:

«Ox Mountain Death Song»

© Kevin Barry, 2012

© de la traducción del inglés, Dídac Gurguí

© de la fotografía de Kevin Barry, Martina Kenji

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2018

Diseño de la cubierta: Tono Cristòfol

Ilustración de la cubierta: Dídac Gurguí

Producción editorial: Marta Castell

Correctora: María Murillo

Composición ePub: Pablo Barrio

Publicado por Rayo Verde Editorial, S.L.

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª

08015 Barcelona

[www.rayoverdeeditorial.com](http://www.rayoverdeeditorial.com)

 [@Rayo\\_Verde](https://twitter.com/Rayo_Verde)

 [RayoVerdeEditorial](https://www.facebook.com/RayoVerdeEditorial)

ISBN ePub: 978-84-16689-81-1

BIC: FA, FYB

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

## Índice

Mujercita Redux

Sobre los tejados

Una crueldad

El fiordo de Killary

Ernestine y Kit

Las chicas y los perros

Berlín, Arkonaplatz: mi verano lésbico

La ruta de la cerveza en Llandudno

Atlantic City

Mira cuánto ha crecido el árbol

Doctor Curda

Vino de desayuno

Hay pequeños reinos

El réquiem de Ox Mountain

Oscura yace la isla

## Mujercita Redux

Esta es la historia de un matrimonio feliz, pero antes de que eches la pota y pases la página deja que te diga que termina con mi cara aplastada contra el frío metal del capó de un Volvo, mis manos esposadas a mi espalda y mis derechos zumbando en mis oídos; esto pasará en el aparcamiento de un hipermercado en la Naas Road de Dublín.

Éramos novios de adolescentes. Saoirse y yo. Era preciosa, y tenía diecisiete años. Yo era un par de años mayor. Ella era rubia, tenue y ligera, con una tez delicada de porcelana. Sus ojos verdes, lagos profundos —lo siento, pero esto es una historia de amor— en los que me ahogaba. También tenía unas tetas increíbles, pequeñas pero de manual, que encajaban perfectamente en la palma de mi mano, y un culo sobresaliente. Y quiero decir que su culo literalmente sobresalía. Dibújalo en el aire con lascivia, deja la lengua colgando y pon los ojos en blanco, y piensa en la curva abrupta de una perfecta nalga sin michelines: pues tenía un par de ésas. Como una repisa, la clase de culo en el que, como decía mi padre —con una voz irónica y masculina escapándosele por una comisura—, podías dejar una taza de té encima. Además, tenía una risa obscena y era tenaz en sus gustos y me comprendía. En retrospectiva, con la modestia

de la madurez, admito que no había mucho que comprender. Yo era un crío moderadamente poético, y moderadamente rebelde, pero diligente con mis estudios, y tres meses después de graduarme ya tenía asegurado un cómodo rincón en la administración pública. Nos casamos cuando Saoirse tenía veintiún años, yo veintitrés. Eso parece increíblemente pronto ahora, pero hablo de finales de los ochenta. Y la verdad es que los dos hacíamos muy buena pareja. Yo era un chaval guapísimo, tipo Matt Dillon, me decían, lo que delata en qué años estábamos. Pero a veces te toca una buena época, y nosotros fuimos históricamente afortunados en el sector inmobiliario. Compramos un adosado fabuloso con vistas al mar en Dun Laoghaire. Podíamos tumbarnos en la cama y ver cómo los barcos se mecían en Dublin Bay, centelleantes y melancólicos en la noche. Tumbados, entre los parpadeos de las llamas de las velas, nos deleitábamos el uno con el otro. No podíamos creer la suerte que teníamos.

Compramos la casa por calderilla. Alguna abuelita había muerto ahí y el sitio olía a vieja, así que dedicamos un buen tiempo a retirar el papel de pared floreado y el suelo de linóleo pardusco, pero, una vez despojada de su decrepita cáscara, aquella casa resultó un sueño perfecto. Los techos altos, los miradores, la palmera plantada en el jardín delantero: eduardianería altiva. La arreglamos con el sudor de nuestro amor y a menudo aparcábamos el bricolaje para foliar histriónicamente —era como hacer una carrera— sobre la madera pelada del suelo. El valor de la casa subió un treinta y cinco por ciento después de que la comprásemos. Se ha octuplicado desde entonces.



Aquellos primeros años de nuestro matrimonio fueron perfectamente felices. Juntos hacíamos de la vida un juego; todo era una aventura; incluso que nos hincharan las ruedas del coche, incluso ir al súper. Reíamos mucho. Nos hablábamos como si fuésemos críos, en la sección de congelados. Nos mordíamos con lujuria en la última fila del cine en últimas sesiones de los sábados. Interpretábamos una pantomima irónica de nuestro matrimonio perfecto. Ella me llamaba «Maridito» y yo a ella «Mujercita». La veo debajo de la sábana, con las piernas morenas desnudas, descubiertas, y, por las mañanas, mientras me visto, me dice, coqueta:

—¿Maridito? No te vayaz aún... Tu Mujercita necesita... atencionez.

—Oh, pero, Mujercita, ya son más de las ocho y...

—¿Por qué tanta priza, Maridito?

Saoirse no sabía —ni sabe— pronunciar la letra «s» —un sapo era un zapo—, lo que la hacía aún más adorable y *foflable*.

Encadené ascensos sin parar en la administración pública. Era prácticamente intocable mientras no me diera por sacar un rifle en la cafetería o violar a alguien en el cuarto de la fotocopidora. Maridito iba a trabajar y Mujercita se quedaba en casa, pero la nuestra era una colaboración entre iguales. Juntos, a cámara lenta, hacíamos footing de madrugada por el parque, cubierto de rocío. Nuestras acciones crecían de mes a mes, las cifras aumentaban en un feliz abandono. La electricidad de nuestras sonrisas embelesadas —¡¡!!— podría haber iluminado todo el puto país. Las cosas no podían ser mejores, pero lo fueron.

El tercer año de nuestro matrimonio nos trajo una niña. Llamamos Ellie a nuestra pequeña, que era maravillosa. Era la viva imagen de su hermosa madre, y yo estaba doblemente enamorado: empujaba su carrito por el paseo, el ferri Holyhead ululaba, y mi corazón planeaba con los gaviiones atlánticos. Ellie durmió ocho horas cada noche desde el primer día. Nunca se quejó de los dolores de la dentición. Una hija perfecta, plácida, bonita como para exponerla en la repisa de la chimenea. Éramos tan afortunados que empezamos a temer alguna inefable tragedia, algún inevitable derrumbamiento. Pero las estaciones fluían, nítidas y agradables, por el sur de Dublin County, cada una con su calendario de alegrías: huevos de Pascua, cubos y palas, máscaras de Halloween, la deliciosa sensiblería del oropel navideño. Maridito, Mujercita, Bebé Ellie; el cielo había descendido sobre nosotros y se había asentado a nuestro alrededor.

Si, en los siguientes años, la devoción que nos profesábamos Saoirse y yo menguó un ápice —y hablo de algo ínfimo—, hasta eso me parecía sano. Probablemente necesitábamos apartarnos, tan sólo unos milímetros, de la cualidad obsesiva de nuestro amor mutuo. Esta mengua minúscula se evidenciaba, tal vez, en el leve tono sardónico que teñía nuestras conversaciones. Como, por ejemplo, cuando yo volvía del trabajo por la tarde y ella decía:

—¿Y bien, *Maridito*?

Con aquella nota áspera ascendente al final de la frase, un énfasis sarcástico. Y yo respondía en los mismos términos:

—¿Y bien, *Mujercita*?

Y llegó el cambio de siglo, y la madurez entró en escena arrastrándose como una babosa, y nuestros culos ahora estaban caídos. Es lo que hay. Y, vale, me ensanché un poco a la altura de la cintura. Y, sí, inevitablemente, el folleteo impulsivo tiende a extinguirse un poco cuando hay un crío en casa. Pero aún éramos felices, sólo que de un modo más tranquilo, y repito que ésta es la historia de un matrimonio feliz-feliz. (Golpeo la mesa dos veces para enfatizar.)

No es que nunca me perdiera en recuerdos. ¿Cómo no iba a hacerlo? Quiero decir, Saoirse a los diecisiete era... la perfección erótica. Nunca podría desear a nadie más que a ella en aquel tiempo. Era casi doloroso que la hubiera deseado tan intensamente, y hasta casi me había parecido pecaminoso —me críe en el catolicismo— ser capaz de saciar mi lujuria por ella a voluntad, cuando quisiera, de cualquier forma que me apeteciera, durante tantos años extáticos.

No digo que ella no haya madurado bien. Sigue siendo una mujer extremadamente atractiva. Tiene lo que mi madre solía llamar un porte excelente. Ciertamente, le sobra algo de peso ahora, lo que habría resultado inimaginable en aquellos miembros esbeltos, de cervatillo, que tenía de adolescente, pero como ya he dicho, yo tampoco pasaría precisamente por un modelo hoy en día. Nos gusta la pasta en salsa con trocitos de langosta. Nos gustan los chocolates caros. De esos con trocitos de chili y espolvoreados con lavanda. Y sí, ocasionalmente, de madrugada, me dan... lloreras. Mientras los barcos se deslizan sin remordimiento a través de Dublin Bay. Y, vale, ya puestos digámoslo también: Saoirse ha desarrollado una afición al Pinot Grigio que tumbaría a un puto caballo.

Pero somos felices. Nos queremos. Y aguantamos.

Aunque, al casarnos tan jóvenes, y al tener a Ellie tan pronto, tenemos esa sensación extraña de mantenernos aún en sintonía con la ópera que es la adolescencia, incluso ahora que nuestra hija ha entrado en ella. Es casi como si nosotros no la hubiéramos abandonado nunca, y aún conocemos todos los pasos de aquel baile, mientras Ellie se abalanza sobre ese frenesí de drogas, música, moda, melancolía, ideación suicida y, bueno, sexo.

El factor central que complica todo el asunto: Ellie tiene diecisiete años y toda ella es una provocación al sexo masculino. El pelo, el color, la figura. Su mirada soslayada, la aspereza de su risa, esa forma particular que tiene de sacar la punta de la lengua por la comisura de los labios a modo de rechazo sardónico, su mirada sobreactuada de ojos saltones que se traduce como:

—¿Va en cerio?

No, tampoco sabe pronunciar la «s». Y apenas lleva ropa encima. Shorts, medias rasgadas, camisetas cortas, y *piercings* por todas partes. Una cuchillada carmesí de pintalabios. Botas hasta los muslos.

Que conste que esto no se va a volver raro y enfermizo, pero hay que decir que es idéntica a Saoirse cuando tenía su edad. Sólo estoy siendo completamente honesto. Y diría que no se trata de algo inusual. Es una de esas cosas ante las que se supone que uno tiene que cerrar la boca. Pero, por desgracia, muy a menudo nuestras hijas, perfectas y bonitas, se convierten en un perfecto facsímil de lo hermosas y deseables que fueron nuestras mujeres, tiempo atrás, cuando eran jóvenes. Y delgadas. Y estaban sobrias. Todo

esto es terriblemente turbador. Y al ponerlo por escrito parece aún peor. Hay gente —¡hola, Doctor Murtagh!— que si leyera esto pensaría: tu hombre ha recaído. Así que debería empezar con la historia de cómo empezaron los problemas. Que, por supuesto, tiene que ver con mi odio por los chicos que mariposean alrededor de mi bellísima hija.

Oh, créeme. Toda madeja de pelo y hormonas con un anillo en el labio perforado del barrio de Dun Laoghaire babea por nuestra Ellie. Pero se los ha ido quitando a todos de encima, ninguno ha durado más de una o dos inocentes citas. No hasta que el joven y fornido Aodhan McAdam entró en escena.

Sólo con pronunciar las horribles, arrogantes y convulsas sílabas del nombre de ese capullo ya me dan náuseas. No era el tipo de chico con el que solía salir, así que inmediatamente me preocupé. El tipo de chico con el que solía salir —al menos hasta ese momento— iba de negro, era pálido, de aspecto depresivo, aficionado al lápiz de ojos y a las fundas de guitarra, del mismo molde que los de la masacre de Columbine, con madera de francotirador, eran piltrafillas en gabardina, adictos a sus inhaladores antihistamínicos, propensos a autolesionarse, bla, bla, bla, pero básicamente inocentes. Por la actitud de Ellie sabía que no había sucumbido a ellos. Eso un padre lo sabe, aunque éste es otro de esos hechos que uno debe callarse. Pero entonces —oíd el redoble de los tambores de la fatalidad— llegó Aodhan McAdam.

—¿Qué pasa, jefe?

Rápidamente este se convirtió en su saludo ritual cuando yo abría la puerta, por las noches, y me lo encontraba en el

suelo ajedrezado del porche con sus pantalones de chándal y su polo de Abercrombie & Fitch. Solía acompañar el saludo con un leve puñetazo de amigote en mi antebrazo y mucho diente en su amplia sonrisa. Diecisiete años, metro noventa, mata lacia de cabello rubio y unos ocho millones de libras invertidas en su dentadura. Como criado a base de ternera de primera calidad y leche entera. Guapo como una estrella de cine e igualmente cómodo en su cuerpo. Con uno de esos acentos americanizados —estos putos críos ya ni suenan irlandeses— y la anchura de un *jeep*; sin duda podía reventarme a golpes. Lo que significaba que tenía que sorprenderlo.

Tras las dos primeras semanas supe que estaban follando. Por su actitud; ya no era una niña. ¿Y qué hizo su madre al respecto? Irse a la nevera a por otra botella de Pinot Grigio.

—Saoirse, tenemos que hablar sobre lo que está pasando ahí.

Mal, lo sé, se supone que hay que hacerse el sueco con estas cosas. Pero no podía. No podía no sacar el tema. Me estaba carcomiendo.

Saoirse y yo fuimos al salón principal. Ahí tenemos la tele grande, y la mesilla de café que encargamos a los del programa Artesanos-con-Sida, y un sofá retro de los cincuenta, color naranja tostado, con la marca permanente de nuestras siluetas —es desagradable, hace que parezca que tenemos culos como peñascos— y montañas de DVD que trepan por las paredes; tendremos casi todos los *box sets* que han salido.

—Supongo que sabes —dije— que están... bueno... ya sabes.

—Cállate —dijo Saoirse.

Suspiré y salí de la habitación. Tal y como lo teníamos montado, Ellie tenía para sí el salón pequeño de la planta baja, ningún adolescente quiere sentarse con sus padres. Había llamado a un interiorista —lo habían decorado de negro y violeta— y tenía un sofá Eames que ganamos en una subasta cuando cumplió los dieciséis. Bajé a ver qué hacían Aodhan y ella. La persiana estaba bajada. Miraban alguna mierda de hip hop por satélite, y estaban los dos bajo un edredón. Era una noche de verano.

—Eh, Pirulo —dijo Ellie.

—Ey —dijo Aodhan McAdam, y me miró con malicia.

Solté la mirada más fría que fui capaz y traté de decir algo, pero era como si tuviera la boca llena de canicas. Volví al salón principal. Me acomodé en el hueco enorme con forma de culo de mi lado del sofá.

—¿Te das cuenta —dije—, de que están debajo de un edredón?

—¿Ajá?

Saoirse estaba mirando un capítulo de *The Wire* con comentarios del reparto y se hallaba sumergida en una copa de Pinot Grigio del tamaño de una palangana. Lo tomaba helado, incluso se veían escarchas de hielo en el vino.

—Quiero decir, ¿qué coño hacen debajo de un edredón? ¡Estamos en julio!

Se giró hacia mí y me dirigió una sonrisa benévola.

—Creo que podemos zuponer —dijo—, que ce la eztá pelando.